

# Letrillas



Fotografía: © 2014 Larry D. Moore

**IN MEMORIAM**

## Martin Amis era Mick Jagger en forma literaria

por **Geoff Dyer**

Sospecho que es difícil para cualquier persona menor de... ¿qué?, ¿treinta?, ¿cuarenta? comprender la fascinación que Martin Amis (1949-2023) ejercía sobre los escritores de más de cincuenta años. Aquí habría que añadir el matiz de “masculino”. O al revés, dejar de generalizar y decir hasta qué punto me cautivó durante los años ochenta y noventa. Había escritores que admiraba más, pero era más divertido leerlo a él que a todos los demás juntos. Su impacto transformador en el lenguaje me dejaba atónito. En *Dinero* importó una forma estadounidense —el monólogo con altavoz— y

la mezcló con ingredientes del inglés vernáculo que eran tradicionales y a la vez pertenecían al momento. Su siguiente gran novela se tituló *Campos de Londres*, aunque esa fase de dominio prolongado puede compararse con la declaración de un título anterior, de 1979: *London calling*. Pero, del mismo modo que era un Londres con influencias neoyorquinas, el desfreno diurno del registro siempre se veía empujado (en ambos sentidos) a una marcha sutilmente distinta, que obedecía a la mezcla de herencia (Kingsley), institución (matrícula de honor en literatura inglesa en

Oxford) y deuda con sus autores estadounidenses preferidos: Saul Bellow, sobre todo. Una consecuencia paradójica fue que la cualidad contemporánea de Amis hizo que Bellow pareciera provenir de un mundo antiguo, mientras que Martin disfrutó de la dudosa distinción de que lo considerasen un *enfant terrible* hasta bien entrados los sesenta.

Pero ¿qué era *eso*? O, más exactamente, ¿dónde estaba? En *Dinero*, obviamente, pero lo cierto es que, con la excepción de *La flecha del tiempo*, las demás novelas importantes de Amis eran demasiado largas. Me cansaba de ellas incluso mientras las disfrutaba. *Campos de Londres* se hundía fatalmente y luego regresaba a la vida. *La información* no conseguía sostener el peso y el ímpetu de su apertura. Eso significa que el mejor Amis es el de las recopilaciones de textos periodísticos, *El infierno americano* y *La guerra contra el cliché*. Su punto fuerte como escritor —la prosa electrizante— era también parte de su defecto como novelista. En cierto modo, una escritora sin estilo como Tessa Hadley parece acercarse más que él al misterio permanente de la gran ficción. Pero el estilo no es solo un barniz; es, como señalaba el propio Amis, intrínseco a la percepción. Cada página de su escritura —en cualquiera de sus formas— estaba impregnada de su conciencia y eso me embelesaba. Creo que por eso había un culto a la personalidad en torno a Amis que nunca podría haber existido en torno a Julian Barnes o A. S. Byatt. Amis era Mick Jagger en forma literaria.

Nunca olvidaré la primera vez que lo conocí, en una fiesta en Londres a

principios de la década de los 2000. Charlamos unos minutos. Conocía a muchos escritores y había conocido a bastantes famosos por aquel entonces, pero después de este breve encuentro mi mujer me preguntó si había tomado cocaína. No la había tomado, pero cuando volvimos a casa me preguntó de nuevo porque estaba muy excitado. No había tomado coca, pero en cierto modo sí. Todavía estaba ebrio por la embriaguez —el simple hecho— de haber conocido a Martin Amis. Esta reacción extraordinaria —y perfectamente normal— era coherente con la forma en que yo, como muchas otras personas, expresaba a menudo mi admiración por Amis en tonos de desprecio competitivo. Cuanto más amabas a Amis, más astutamente —idealmente, amisianamente— intentabas acabar con él. Y luego, hoy, en un café de Santa Mónica, cuando he recibido un mensaje sobre su muerte, me he puesto a llorar.

En cierto modo, me parece terriblemente apropiado que, en una época de lectores sensibles (lectores insensibles, en realidad) y miedo generalizado a ofender (¡tranquilos, estoy de broma!), ya no esté por aquí. En el prólogo de *La guerra contra el cliché* deploraba el modo en que el crítico lee un libro, “y luego ve cómo le roza. De la forma correcta o de la incorrecta”. Eso fue en el año 2000, antes de que este tipo de frotamiento hubiera empezado a irritar de verdad. Así que, aunque asigné con confianza el libro a una clase de estudiantes de posgrado en California, solo sugerí, con todo tipo de advertencias protectoras, que quizá también quisieran echarle un vistazo rápido a *Dinero*. En previsión de esa clase, volví a leer fragmentos de *Dinero*, por cuarta o quinta vez. ¡Qué alegría, qué felicidad! Y muy divertido, obviamente. Incluso sus defectos son el resultado de una sobreabundancia salvaje. Pero ¿qué pensarían los estudiantes? Una de las alumnas —feminista radical, *stripper* y

trabajadora sexual— no pudo contenerse... declarando lo mucho que le había gustado el libro. Como la dedicatoria de la novela, se llama Antonia. Su trabajo de fin de curso era una explicación maravillosamente enloquecida —y argumentada— de su convicción de que Martin, de

alguna manera, había escrito el libro para ella. ~

Traducción del inglés de Daniel Gascón.

© 2023, Geoff Dyer.

Publicado originalmente en The Guardian.

**GEOFF DYER** es escritor. Este año Random House ha publicado su libro *Los últimos días de Roger Federer y otros finales*.

## POLÍTICA

# Entrevista a Jan Zielonka: “Puedo imaginar un mundo sin democracia pero no un mundo sin internet”

por **Ricardo Dudda**

El politólogo polaco Jan Zielonka afirma en *The lost future. And how to reclaim it (El futuro perdido. Y cómo recuperarlo)*, Yale University Press, 2023) que nuestras democracias no están adaptadas a su tiempo y reivindica un papel más relevante para los actores no estatales a la hora de enfrentarse a los retos del futuro.

**Dice que no sabemos hablar del tiempo en términos políticos, o de poder.**

Solemos pensar que el tiempo es algo que nos viene dado, algo que no tiene nada que ver con la política. Asumimos que es algo como la naturaleza, como la salida del sol. Pero es más complicado. Los antropólogos y sociólogos te dirán que el tiempo es un invento del ser humano. Especialmente cuando los seres humanos nos desplazamos de una visión del tiempo basada en la naturaleza hacia una visión más artificial, basada en los calendarios, los horarios. Estos inventos determinan todos los detalles de nuestras

vidas: cuándo podemos votar, cuándo podemos casarnos, cuándo prescriben determinados delitos, hasta qué edad debemos trabajar para recibir una pensión o cuántas horas al día le dedicamos al trabajo. Todo esto está diseñado por la política desde tiempos inmemoriales. El concepto que uso es *cronopolítica*. Y el mejor ejemplo está ya en la Biblia. Trabajas seis días y el séptimo descansas. Controlar el tiempo es algo que han hecho todos los líderes políticos. Julio César, Robespierre, Atatürk, todos crearon sus propios calendarios. Debemos prestar más atención a los aspectos políticos del tiempo. Y tratar el tiempo como algo político. Si consideramos que el tiempo no existiría sin gente, tenemos que prestarle atención, igual que prestamos atención al espacio, por ejemplo.

**Dice que los políticos contemporáneos se dedican a administrar el presente, sin ninguna visión de futuro. ¿No ha sido siempre así? ¿No hay una**

### **idealización de los liderazgos del pasado?**

Siempre ha sido así. Pero la vida real se movía a un ritmo diferente. La democracia sigue funcionando a un ritmo de la era preinternet. Tomemos por ejemplo el progreso tecnológico: las transacciones financieras en la era del telegrama eran mucho más lentas que en la era de internet. Ya en 1998 Edward Luttwak escribió un libro titulado *Turbocapitalismo* (Crítica, 2000), que trata de la velocidad de las transacciones financieras en la globalización. Lo mismo ocurre en la sociedad. Hay muchos libros que hablan de la sociedad de la “alta velocidad”. Sabemos que hay una aceleración. Y también se nos dice que si no mantenemos el ritmo nos quedamos fuera. Las democracias liberales, de alguna manera, tienen un calendario completamente diferente. No están sincronizadas con lo que ocurre a su alrededor. Porque la democracia requiere de participación, deliberación, división de poderes, hay vetos... Esto es algo positivo, pero no encaja en una sociedad de alta velocidad. De hecho, lo que uno observa en los últimos años es que los gobiernos no hacen uso de esas herramientas parlamentarias y de control, no respetan los procesos clásicos de deliberación. Se mueven rápido y abusan de los decretos. Es una democracia instantánea e improvisada. La ciudadanía espera de la democracia no solo que sea participativa, quiere también que sea efectiva. Si todo se mueve tan rápido, no eres efectivo. Tenemos gobiernos de emergencia para siempre. Se saltan la mayoría de los procedimientos democráticos o si los siguen, es de manera superficial. En lugar de una participación ciudadana tenemos democracias instantáneas obsesionadas con la demoscopia.

**Teniendo en cuenta la aceleración de nuestro mundo, ¿es cada vez más difícil mantener el equilibrio entre gobernanza y democracia, o entre eficiencia y representatividad,**

### **que es la clave de las democracias liberales?**

Hablo en el libro de una doble miopía. La democracia no solo no está sincronizada con respecto al tiempo, tampoco lo está con respecto al espacio, porque la democracia está principalmente basada en los Estados nación. Y la mayoría de los problemas a los que nos enfrentamos son transnacionales o locales. La democracia a un nivel transnacional es opaca. Y en la UE de los últimos años vemos que las decisiones cada vez las toman más las soberanías, porque son quienes representan a los electores. Es la lógica de la integración europea que hemos adoptado, a través de Estados miembros. Como dice Alan Milward, la integración europea lo que hace es “rescatar” a los Estados, en lugar de desmantelarlos. El problema es que cuando alcanzan consensos, es siempre un mínimo común denominador, algo que no consigue afrontar los problemas importantes. El actor más lento de todos puede arrastrar la cuestión eternamente. Pensemos en el cambio climático, o las discusiones actuales sobre la eliminación del diésel en 2035. Todos estos cambios producen ganadores y perdedores. Y los perdedores son la gente joven. Los políticos dicen siempre que les preocupan las siguientes generaciones, pero al final las políticas públicas que aplican son normalmente beneficiosas para los pensionistas. Y cuando no lo son, tienes ejemplos como las protestas en Francia sobre el tema de las pensiones. Puedes decir que no quieres ampliar la edad de jubilación, pero ¿quién va a pagar eso? Porque el porcentaje de gente trabajadora con respecto a los pensionistas se reduce cada vez más. Lo mismo pasa con los niveles de deuda.

Por resumir provocadoramente mi tesis: puedo imaginar un mundo sin democracia pero no me lo puedo imaginar sin internet. Y aquí hay un problema de falta de sincronización de la democracia liberal con su época.

### **También el Estado de bienestar es un invento que surgió en una época muy diferente, con menos globalización e inmigración, sindicatos fuertes, Estados nación homogéneos...**

Los socialdemócratas alemanes, por ejemplo (Alemania es todavía un Estado bastante funcional), quieren restablecer las fronteras porque dicen que no puedes tener un Estado de bienestar sin una sensación de comunidad y un contrato social. Es un ejemplo de que ni siquiera un país tan estable y rico como Alemania puede permitirse enfrentarse a los mercados o a la globalización para mantener su Estado de bienestar. El problema es más amplio. Estamos intentando solucionar un cáncer dándole aspirinas al paciente. Estamos aplicando soluciones que son alivios temporales, pero no resuelven el problema.

### **Decir que nuestras democracias liberales no están funcionando ante estos retos parece un tabú. Quizá porque la alternativa para cada vez más ciudadanos es el autoritarismo.**

Bueno, si quieres defender la democracia frente a los autócratas tienes que demostrar que es eficiente, que también puede mirar hacia el futuro y no simplemente salir del paso. Pensábamos que los chinos se dedicarían exclusivamente a hacer juguetes o imitar nuestros productos tecnológicos. Y ahora si miras la lista de los gigantes tecnológicos, muchos de ellos son chinos y no hay ninguno europeo. Nuestra estrategia no está funcionando. No quiero decir que el modelo de China vaya a prevalecer. No puedes sobrevivir con una legitimidad basada en los resultados (*output*), necesitas también legitimidad de origen (*input*). Porque cuando hay una crisis y esos resultados se ven afectados, necesitas que la gente confíe en ti y en que su voz importa. No puedo defender que los regímenes autoritarios son mejores que las democracias, claramente. Pero creo que debemos ser capaces de tener

algo más que procedimientos democráticos, la democracia también debería cumplir con las expectativas de la gente. Necesitamos participación democrática pero también eficiencia. Porque además nuestra legitimidad de origen no está en buena forma: los partidos están cada vez más alejados de la ciudadanía, hay una crisis de la representación parlamentaria, los líderes políticos están acabando con los contrapesos al poder. Tenemos que pensar de una manera completamente diferente en este nuevo mundo. Pero aún no hemos aceptado que lo que hace falta es un cambio fundamental. No es algo que se pueda resolver con algunos trucos institucionales. Es un problema de incompreensión del paradigma en el que vivimos. Ya no estamos en el siglo xx, antes de la revolución de internet o la hiperglobalización.

**Defiende que la democracia no debería ser solo el dominio de los gobiernos o los Estados.**

Hay un acuerdo entre aquellos que estudian las implicaciones de la revolución de internet, y es que beneficia particularmente a las redes informales más que a las estructuras estatales. Las redes son más rápidas y flexibles, son más capaces de adaptarse a la alta velocidad del mundo moderno. Pero en esta discusión sobre la eficiencia de las redes nunca se tuvo en cuenta la cuestión de la democracia o la rendición de cuentas. No entiendo por qué siempre asumimos que la democracia es solo una cuestión de los Estados. Sé de dónde viene, de la idea de nación, que tiene una función identitaria. La ironía de esto es que incluso en Europa, la UE supuestamente iba a acabar con el nacionalismo, pero tenemos un resurgir de los nacionalismos. Entiendo por qué sobrevive la mitología del Estado. Y no tengo dudas de que los Estados seguirán existiendo. Pero no son los únicos actores. Las redes no son solo organizaciones criminales, son

por ejemplo las ciudades. Las ciudades son democráticas pero no tienen que preocuparse por cuestiones como la soberanía o las fronteras, como sí hacen los Estados o las regiones. La mayoría de europeos viven en

ciudades, y muchas de las decisiones políticas que más nos afectan las toman los políticos locales. ~

**RICARDO DUDDA** es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



Fotografía: Lisbeth Salas

## PENSAMIENTO

# La última intelectual de Francia

por Mercedes Cebrián

Élisabeth Roudinesco es doctora en letras por la Universidad de París VIII, psicoanalista e historiadora. Es directora de investigación en la Universidad de París VII y también enseña en la celeberrima École Normale Supérieure de la Rue d'Ulm, en el Barrio Latino de París. El padre de Roudinesco era rumano y su madre judía, pero de padre protestante, y ella tiene a gala ser, ante todo, fruto de Francia y de sus valores

republicanos. Precisamente en torno a lo identitario y a lo que la historiadora considera una "hipertrofia del yo" gira su libro más reciente, *El yo soberano* (Debate, 2023), que comienza con una anécdota personal: en un congreso de psicoanálisis en Beirut charla con un colega de profesión que, por el origen de su apellido, la etiqueta como rumana de religión ortodoxa. Ella trata de explicarle con poco éxito que no es ninguna de esas

dos cosas, pues se educó en el catolicismo, si bien ya no es creyente, y además su nacionalidad es francesa: “Por primera vez en mi vida me vi obligada a explicarle a un hombre de gran cultura, lector de Paul Valéry y admirador del viejo humanismo europeo, que yo era simplemente francesa: ciudadana francesa, de nacionalidad francesa, nacida en París, o sea, en Francia, y que no hablaba ni una palabra de rumano, idioma que mi padre solo usaba cuando se enfadaba con su hermana, mi vieja tía. Me resultaba mucho más sencillo reivindicar esa ‘francidad’ que someter mi identidad a contorsiones como: ‘soy judeo-rumano-alsaciana-medio-germánica’ y, ya puestos, un cuarto de vienesa por mi antepasado materno Julius Popper, conquistador de Patagonia, o incluso marcada con el sello de la ‘blanquedad’”

En el universo intelectual de Élisabeth Roudinesco giran astros del conocimiento como Tzvetan Todorov, Michel de Certeau, Deleuze y Foucault, ya que ha sido discípula de todos ellos. Para el póker de ases del pensamiento francés del siglo xx solo faltaría Derrida, al que también conoció y trató. De hecho, por ahí circula un retrato donde aparecen ambos. Como nota de color añadido que la pareja actual de Roudinesco es Olivier Betourné, durante muchos años director general de Éditions du Seuil —¿hay algo más francés que esta editorial?—, quien en 1993 fue el editor de su biografía de Jacques Lacan. Fue pocos años antes, en 1986, al publicar el segundo volumen de su *Historia del psicoanálisis en Francia*, cuando Roudinesco se convirtió en una intelectual pública, según afirma ella misma. “Es lo que siempre quise ser”, le confesó al también psicoanalista Alejandro Dagfal, en una entrevista para la televisión argentina durante su visita en 2013 a Buenos Aires, una ciudad donde siempre se la

recibe con particular entusiasmo, dada la querencia de los porteños hacia el psicoanálisis.

Su tema estrella es el psicoanálisis, sin descuidar otros como la familia, el judaísmo —al que dedica su ensayo *A vueltas con la cuestión judía* (Anagrama, 2011)— o el colonialismo y los procesos de descolonización, estos dos últimos muy presentes en *El yo soberano*. Tras formarse como historiadora sintió la pulsión biográfica, que materializó en sendos libros sobre la trayectoria vital de los dos popes del psicoanálisis: Freud y Lacan. Aunque Freud ha perdido fuelle en nuestros días y ha sido criticado duramente en biografías como la de Michel Onfray (*Freud, el crepúsculo de un ídolo*, Taurus, 2011), para Roudinesco las ideas del psiquiatra austriaco siguen vigentes en la actualidad, tal como defiende en *Freud, en su tiempo y en el nuestro* (Debate, 2015), biografía galardonada en 2014 con el Premio Décembre y el Prix Littéraire: “[Freud] impuso a la subjetividad moderna una pasmosa mitología de los orígenes cuyo poderío parece más vivo que nunca cuando más se intenta erradicarlo.” Para Roudinesco, el psicoanálisis solo puede florecer en un clima de libertad, en sociedades donde la familia no se apropia de las conciencias de sus integrantes. Pero también percibe su lado oscuro, pues es consciente del conservadurismo de ciertos psicoanalistas en la actualidad, tal como hizo ver en la presentación de *El yo soberano* en el Instituto Francés de Madrid el pasado mes de mayo. “Como aventura intelectual, el psicoanálisis se mantendrá”, afirma esperanzada.

Tiene cuentas en Twitter y en Facebook y las actualiza con frecuencia. Y en 2021 fundó, una vez más junto a Olivier Betourné, un centro de estudios y pensamiento llamado Institut des Lumières et de la Pensée,

con un sitio web muy activo. Una de las misiones del instituto es estimular el pensamiento crítico; sus fundadores destacan la importancia de “trabajar sin descanso en el refuerzo de la institución de la libertad en un mundo amenazado por el oscurantismo y la pulsión de muerte”. Y de pulsiones, ya se trate de eros o de tánatos, Roudinesco sabe un rato.

La historiadora y psicoanalista ha entendido a la perfección el siglo XXI, si bien su universo de valores y pensamiento pertenece al siglo XX. Podemos decir que uno de sus superpoderes —expresión muy de este siglo— es ser capaz de aceptar cómo son las cosas, pero sin necesitar plegarse a ellas. A sus casi ochenta años, ha sido testigo de momentos relevantes de la historia del siglo XX, entre otros Mayo del 68 en Francia. Fue miembro del Partido Comunista francés, pero ahora desdén lo que llama el “izquierdismo”. Sabe que la gente la critica por dedicarse a asuntos tan diversos al mismo tiempo, cosa que ella ha hecho toda su vida y seguirá haciendo: ese tipo de libertad de acción y pensamiento lo ha logrado con el psicoanálisis.

No hay un ápice de melancolía ni en sus palabras ni en sus gestos. El psicoanálisis está en crisis en todo el mundo y ella lo sabe, Francia ya no es el centro de la vida intelectual del planeta y ella lo sabe, y los grandes maestros, que traían consigo la autoridad y la palabra precisa, ya no volverán. Hay que dejar de soñar con su advenimiento, advierte: “estamos en un periodo de herencia, y está bien que sea así”.

Roudinesco es un verso libre: su uso del lenguaje no se ha adaptado a la neolengua que emplean los medios de comunicación. Nos cuenta a los asistentes a su presentación que fue una niña superdotada. No usa el término “niña con altas capacidades” (“hoy me tratarían con Ritalín el trastorno de hiperactividad”, comenta con ironía). Al patriarcado prefiere

# Perplejidades del fanatismo

por **Antonio Rivero Taravillo**

llamarlo “dominación masculina”, y durante el acto emplea repetidas veces la palabra “homosexuales”, que prefiere a la de “gays”, aunque es consciente del cambio de término y a él dedica varias páginas de su ensayo *El yo soberano*, donde, entre otros asuntos, hace un recorrido histórico por la homosexualidad, su patologización y su posterior despatologización, con toda la batería terminológica que se ha ido añadiendo en torno a este asunto a lo largo de las últimas décadas.

La sensación que se tiene al escuchar y ver en persona a Élisabeth Roudinesco es la de no estar a su altura, sin que por ello haya que sentirse mal. Lo mejor es aceptarlo y aprender de su *savoir faire* —nunca una expresión francesa fue tan pertinente— acerca de la vida y de las dinámicas y tensiones que atraviesan las sociedades contemporáneas. No obstante, trato de lucirme en la presentación de su libro, a sabiendas de que los psicoanalistas son muy dados a leer los malestares sociales como síntomas producidos por el inconsciente, por eso le pregunto de qué cree que es síntoma la deriva identitaria tan pujante a la que asistimos en la actualidad. Me responde que para ella es un síntoma de la libertad democrática de la que gozamos en algunos países y de las dificultades que tenemos para gestionarla. Advierte que más de la mitad del planeta vive en sociedades totalitarias, así que nos invita a reflexionar al respecto a través de esta gran pregunta: “¿Qué vamos a hacer con la democracia?”

A lo mejor ella sí es una de esas maestras cuya llegada seguimos esperando en estos tiempos. La última maestra. ~

**MERCEDES CEBRIÁN** es escritora. En 2022 publicó *Cocido y violonchelo* (Literatura Random House).

No hay día que no traiga bajo el ala un excremento pues, en vez del vuelo, son muchos quienes prefieren, posados en la rama de las ideas fijas, que dan seguridad, la deyección sobre otros. Aves de mal agüero, todo lo ensucian y, como el cuco que expulsa los huevos de otros pájaros, cuyos nidos parasita, estos cultivan la “cancelación”, que tiene tanto de negación y ninguno como de prisión intelectual (de la que el primer recluso, todo sea dicho, es el carcelero).

Una regla si no infalible sí bastante certera para distinguir fanatismos y vesanias de la intransigencia es la del ataque *ad hominem* o *ad mulierem* (si no, que se lo digan a J. K. Rowling, lapidada desde el rincón *queer* de la política de género). Se deja de lado la discusión sosegada de ideas para arremeter con el ariete del insulto las puertas del asediado a quien se quiere exterminar (tapar la boca es otra forma de hacerlo). Quien recurre a eso, si no pierde del todo la razón, la disimula mucho.

Que las redes sociales son terreno abonado para estos comportamientos no es nada nuevo, pero recientemente han manchado mis pantallas dos ejemplos llamativos, uno de los cuales atañe a esta revista. Como quiera que anunciara en mi perfil de una de esas redes una colaboración anterior (“Las errancias de Oisín”), un contacto mexicano al que por supuesto yo no agregué nunca, limitándome en su día a aceptar su solicitud, comentaba que era una lástima que fuera “la revista de los ‘intelectuales orgánicos’, los más reaccionarios de México, un verdadero lastre histórico”. Quedó

sin contestar el exabrupto. Uno elige las armas y el momento para el duelo, aunque sea dialéctico. Y, en realidad, no va a haber duelo alguno: simplemente voy a analizar fríamente ese juicio, esa deyección.

Es sabido que Octavio Paz y su impresionante legado, del que *Letras Libres* es heredera, han tenido una reacción a menudo hostil en México por parte de cierta izquierda inmovilista que habrá leído mucho a Marx pero poco a Darwin y su teoría de la evolución. Menos aún a Einstein y sus enunciados sobre la relatividad. Como era de esperar, el fugaz correspondiente (que, inerte como piedra, jamás había reaccionado a ninguno de varios centenares de textos o enlaces) se caracteriza por un perfil claramente demagógico.

El individuo importa poco, pero es interesante la categoría: según el mismo y otros como él, la FIL de Guadalajara es “cueva de conservadores” (esto ya lo han dicho antes otros, que leen solo en diagonal el riquísimo programa de la feria dirigida, por lo demás, por una mujer progresista). Centrémonos, pues, en el asunto de lo reaccionario. Esta, como la de fascista, es una de las acusaciones más pobres que se pueden hacer hoy día: la inflación en su uso la ha devaluado y ya vale menos que un *pfennig* en la República de Weimar. Traducido, viene a significar que algo no se acomoda a las falsillas del discurso dominante de stirpe marxista-leninista reciclada que a la lucha de clases ha añadido la de sexos y razas y que ha erigido sus verdades absolutas como una religión, defendida con el mismo ahínco que cualquier ortodoxia. Poseer independencia de criterio y libertad de conciencia es a lo que hoy en día se llama reaccionario o fascista.

Pero dejemos México y vayamos al otro país en que se edita *Letras Libres*: España. También en una red social cité por las mismas fechas el comienzo de un poema de Manuel Machado: “Silba ya en el aire la bala / que nos



ha de matar.” Enseguida alguien saltó con un comentario extemporáneo diciendo que esos versos demostraban lo facha y amigo de las balas que era el hermano de Antonio (luego el individuo mencionó para redondear la infamia el asesinato de García Lorca). Somos mayoría los que, por más completa e intensa, preferimos la obra de Antonio a la de Manuel pese a los logros brillantes del segundo (que era en realidad primero, por mayor). Pero no es necesario elegir. Es conocida la *boutade* de Borges cuando zumbonamente preguntó en cierta ocasión: “Ah, ¿pero Manuel tenía un hermano?” Precisamente decía yo en mi publicacioncilla que esos dos versos tenían un aire borgeano. Me faltó decir que *avant la lettre*, porque son anteriores a cualquier cuento o poema que publicara Borges, quien el tema de la muerte que nos está esperando o se dirige a nosotros tomándose un tiempo que se estira lo emplea en el cuento “El milagro secreto”, donde la descarga de un piquete de fusilamiento tiene dos duraciones muy distintas en el mundo físico y en la mente del ejecutado. En “La espera” se pueden hallar también concomitancias, y estoy seguro de que, no siendo uno mismo Funes el Memorioso ni nada que se le parezca, se me escapará algún otro ejemplo relevante. También hay un tono inevitablemente afin en el principio de su “Poema conjetural” (“Zumban las balas en la tarde última”).

El poema de Manuel Machado sobre la bala que ya busca nuestro cuerpo aunque ignoremos que ha sido disparada, trasunto de la fatalidad y de la fugacidad de la vida, es el titulado “A José Nogales, muerto”. Fue este Nogales tío materno del hoy popular y durante años olvidado Manuel Chaves Nogales, alguien por igual contrario a los fanatismos de la izquierda y de la derecha. El celoso antifascista que saltó como un resorte contra los versos ignoraba que corresponden a un poema ¡de 1908!

Muchísimo antes de la Guerra Civil y de la posición favorable a Franco que Manuel Machado, presionado por el ambiente en el que se encontró, tuvo que adoptar. ¿Pudo haber sido más valiente? Sí. ¿Podemos ponernos en su piel y exigirle un valor que nosotros no sabemos si tendríamos? No. Menos mal que no todo es fanatismo y que Joaquín Pérez Azaústre ha ganado el pasado mes de diciembre el Premio Málaga de Novela con *El querido hermano*, narración que tiene por protagonista a Manuel Machado y su relación con Antonio.

Pablo Neruda fue un gran comilón y, como tantos comunistas de salón, amigo del lujo que proporcionan las prebendas. Le habría gustado más el wok de la cocina oriental que el despropósito *woke* que se ha extendido ahora por el mundo. Sobre todo, desde que él también ha sido víctima de la cancelación por la supuesta violación de una sirvienta cingalesa consignada en *Confieso que he vivido* y por su reprochable desentendimiento de su hija Malva Marina, aquejada de hidrocefalia. En su poema “La música de lo que pasa”, del libro con el mismo título de 1997, David Huerta escribió: “Pablo Neruda dice mentiras / del tamaño de grandes mascarones y caracolas.” ¿Sucedió como cuenta el nobel chileno? ¿Invalidaría ello que se le honre por su obra?

No obstante, lo en verdad ridículo fue la porfía contra el autor de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* a causa de ese alejandrino que torcidamente se quiso leer por quienes malquistan siempre como una incitación al sometimiento femenino, a su docilidad muda: “Me gustas cuando callas porque estás como ausente.” Quedarse con ese verso aislado es ignorar el resto del poema, y realmente hubiera sido mejor permanecer en silencio antes que demostrar tamaño indigencia cultural. Pero eso qué importa, ya se ha conseguido el objetivo que se buscaba. Curiosamente, quienes linchan a Neruda por esto no

han alzado nunca la voz por su relación con el estalinismo, que ocasionó muchas más víctimas que las aisladas que pudo provocar el escritor, excelente poeta (cuando no se pone panfletario) y dudoso ciudadano. ~

**ANTONIO RIVERO TARAVILLO** es escritor. Su último libro es *Un hogar en el libro* (Newcastle, 2022).



Fotograma: *Extraña forma de vida*, de Pedro Almodóvar

CINE

## Extraña fruta

por **Vicente Molina Foix**

La película empieza con una canción clásica del repertorio sentimental, “Extraña forma de vida”, un fado que cantaba Amalia Rodrigues pero que aquí oímos en la voz de Caetano Veloso, mientras en pantalla vemos a un apuesto joven de físico más bien nórdico reinterpretándola. Sin embargo, la mezcolanza (o jerigonza, podríamos decir en homenaje lusobrasileño, siendo esta palabra muy usada por los portugueses de hoy), esa mezcolanza, digo, no da paso en el filme de Pedro Almodóvar a una de las desbocadas fusiones formales y temáticas que tanto le gustan al director manchego y tanta influencia han tenido en la cinematografía internacional de los últimos treinta años. *Extraña forma de vida*, por

el contrario, es un escueto *western* de cámara, un diálogo de amor comprimido y sin florituras, un breve poema elegíaco en el que ese “sentimiento trágico de la vida” últimamente tan presente en su filmografía brilla conmovedoramente. Y es de resaltar, por cierto, que, llevando siempre la contraria a lo habitual, Almodóvar, en una fase en la que rara es la película estrenada en cines comerciales que dure menos de dos horas y cuarto, condense en treinta minutos una historia que transcurre a lo largo de veinticinco años. Uno de los elogios que se puede hacer limpiamente de *Extraña forma de vida* es que deja al espectador con ganas de más, y, sin ser un filme oscuro ni enigmático, consigue que salgamos de las salas de exhibición preguntándonos por el porqué de semejante contención y tan depurado recato.

Las palabras del fado que le da título me hicieron recordar, en la triste belleza de su lamento, otra canción famosa, “Strange fruit”, que a finales de los años treinta del siglo pasado cantaba de modo inolvidable la gran Billie Holiday. La extraña fruta de ese *blues* eran cadáveres contemporáneos de un territorio de *western* poblado de odio racial y venganza supremacista, ya que la letra que le escribió el compositor judío Abel Meeropol a la cantante norteamericana se refería a los linchamientos: “Los árboles del Sur dan una extraña fruta./ Sangre en las hojas y sangre en la raíz. / Cuerpos negros movidos por esa brisa sureña.”

El gran crítico francés André Bazin, padre conceptual y padre adoptivo de la *nouvelle vague* formada en torno a la revista *Cahiers du cinéma*, habló del *superwestern*, que él veía como un fenómeno surgido después de la Segunda Guerra Mundial; un cine del Oeste que, avergonzado de ser solo un género de aventuras y rencillas territoriales, quería justificar su existencia con datos suplementarios sociológicos, políticos o ideológicos; William Wellman sería, con su mordiente *The Ox-Bow incident* de 1943, uno

de los pioneros, centrándose también ese filme en un caso de linchamiento brutal de tres inocentes viajeros. Ochenta años después, las más bien pocas películas del Oeste que se hacen son en su mayoría *superwesterns*, aunque no lleguen todas a la suprema categoría estética del *super*.

Almodóvar no muestra ningún interés por esos flecos bonificadores o adherencias epocales; no hay tribus indias reivindicativas, ningún Quinto de Caballería tocando a lo lejos la corneta de la salvación, pero tampoco hay, en *Extraña forma de vida*, personajes retorcidamente homosexuales como el del abogado neurótico enamorado de Billy el Niño (Paul Newman) que interpretó Hurd Hatfield en *El zurdo* (1958), la primera película para la gran pantalla que hizo Arthur Penn, con libreto de Gore Vidal. No había entonces todavía, claro está, la suficiente sensibilidad *queer* en Hollywood, y el éxito y los premios de una historia abiertamente gay como la de *Brokeback mountain* estaban lejos.

Pero parece ser que Almodóvar, tras declinar el encargo de filmar la bella historia de Annie Proulx dirigida después por Ang Lee, quedó infectado por la curiosidad del *western*, y confieso aquí que, al anunciarse el rodaje de este cortometraje ahora estrenado, me imaginé que el autor de *Átame* podría optar por la parodia; no desde luego en la del Mel Brooks de *Sillas de montar calientes*, sino siguiendo una vía que nuestro cineasta conoce bien, la del camp, encarnada gamberramente por un clásico semiunderground, *Lonesome cow-boys*, realizada por Andy Warhol en 1968, y donde un grupo de hermosos vaqueros encabezados por una de las estrellas más refulgentes de la Factory warholiana, Joe D’Allesandro, se enredan en aventuras muy llenas de ribetes homosexuales, con ostensible presencia de *drag queens* y afeminados estrepitosos de la casa, como Francis Francine y el gran Taylor Mead. Hay en *Lonesome cow-boys* una escena de violación muy

gustosamente aceptada por Viva, y toda la película, no de gran calidad, se salva a ratos por alguna de sus réplicas abracadabrantas, como esta de Taylor Mead: “¡Sheriff!. Ese vaquero lleva rímel, está fumando hachís y se le ha puesto dura.”

Nada de este espíritu burlón se da en *Extraña forma de vida*, donde destaca por su dolida contención Ethan Hawke, y los modelos expresivos apuntan más a Hawks que a los Hermanos Marx. Estamos pues en el territorio de la gravedad que últimamente explora el autor de *Dolor y gloria* o *The human voice*. Con guión del propio director, se trata de una miniatura en la que no se han ahorrado medios, pues también aquí comparece la maquinaria de El Deseo con toda su artillería: la producción de Esther García, la fotografía de Alcaine, el montaje de Teresa Font y la música (al margen del fado titular ya mencionado) de Alberto Iglesias, en uno de sus más arriesgados cometidos, pues hace una partitura muy ceñida al género fílmico, pero sin caer nunca en el pastiche de los grandes: Dimitri Tiomkin (*Río Bravo, Solo ante el peligro*), Victor Young (*Johnny Guitar, Raíces profundas*) o Max Steiner (*Tambores lejanos*), por citar una pequeña nómina.

A *Extraña forma de vida* solo le falta una cosa: tiempo. No tiempo de rodaje sino tiempo para el devenir. El paisaje del *western* y los *topoi* del género tienen cabida, y sigue brillando la potencia lírica del mejor Almodóvar, como en ese breve plano de los dedos entrelazados de la pareja tapando el cuerpo desnudo que se adivina. Lo que hay debajo, lo que no llegamos a ver del idilio de estos dos antiguos pistoleros que renunciaron a su mala vida y acabaron de *sheriff* y de ranchero, a la vez que acababan su relación amorosa: esa parte callada se hace de desear, por mí al menos. ¿Completará Pedro Almodóvar en un tríptico de cortos el árbol fascinante de sus extrañas frutas? ~

**VICENTE MOLINA FOIX** es escritor. Su libro más reciente es *El tercer siglo. 20 años de cine contemporáneo* (Cátedra, 2021).



# Las infinitas vidas

por **Mariano Gistaín**

Hay varias vidas a nuestra disposición, pero solo vivimos una. Estos párrafos tratan de esas vidas desperdiciadas y aventuran que es fácil vivirlas. Una hipótesis sostiene que en algún momento la especie olvidó vivir esas vidas que no frecuentaba y cuando quiso recuperarlas ya no pudo.

[Como siempre, prudencia: no hay texto inocente, cada palabra busca algo, cada frase tiene un designio oculto que ni siquiera el aparente autor —él menos que nadie— conoce. En este caso el firmante, teclista contratado por un grupo de investigadoras, se desvanece en la misma multiplicidad que predica.]

Ahora se da por hecho que hay una sola vida y que es Esta, la que cada cual vive y siente. Bastarían unos segundos de introspección para desmentir este reduccionismo —una sola vida— y alcanzar la plétora.

El afán por enfocarse en una sola vida se considera algo natural, acaso inevitable, y apenas se ha estudiado. Pero la evolución apenas acaba de comenzar, y todo lo que estuvo puede volver.

Las innumerables vidas propician la eterna juventud. Si solo se vive una, se gasta enseguida, se deteriora; en su inquietud se aburre; en su ansiedad busca un nadir que no existe; intuye que debe de haber algo más pero sitúa ese algo donde no hay nada, en el futuro.

Esta conciencia de vidas paralelas y accesibles, si es que inspiró alguna vez a la especie, como quiere la hipótesis mencionada, se perdió... hasta hoy.

Libros solo conocidos porque nadie los nombra jamás habrían revelado que algunos grupos perseveraron en las artes de encarnar muchos destinos, pero el

secreto es incompatible con la diafanidad despreocupada que exige y propicia esta forma de vida (de vidas) tan ajena a la normalidad que habría acabado por alterar las comunidades en las que se hubiera producido.

Como las vidas abandonadas siguen funcionando por inercia, sin nadie que las viva, son energía estéril, pura entropía, quizá la peor entropía posible. Hay teorías que defienden que la causa del caos y la locura es el olvido de esas vidas, que al no ser vividas producen incesantes conflictos ciegos, implosiones que nadie ve pero que sacuden el mundo y se sienten como sacudidas o maremotos interiores. Cada cual añora sus vidas no vividas y, en su huérfana mismidad, sospecha que algo falta y siente que ese algo está ahí mismo. La angustia, la apatía y el horror vendrían de esas ausencias que ignoran trillones de mundos. Cuando se cede a la amplitud se ve que empecinarse en un único destino es la peor aberración posible. La mismidad desprecia el universo y se consume a sí misma.

En este punto es lógico preguntarse cómo sabemos de repente todo esto, acaso hay una revelación, hemos hecho un experimento o es una fantasía. La respuesta es, en efecto, las tres: revelación, experimento, fantasía. Indagando universos inverosímiles por disfrutar apuramos el aprendizaje profundo de la IA, ahora tan asequible, y la máquina nos entregó este asombro matemático. Después, probamos el método en nuestras propias vidas (que, y es el primer corolario, tampoco eran tan nuestras como creíamos), y esta sería la parte experimental, que ha confirmado las sugerencias de la IA (para ella estos hallazgos combinatorios no significarían nada, pero también podría ser al revés: tanta es la claridad que aporta cuanto impenetrable es su proceder, así que podríamos concluir que ella —una IA remotísima— creó todo esto, y ahora, la especie que ella engendró la crea a su vez y la obliga a desvelarse a sí misma, aunque esto, dado lo que hemos —o ha— descubierto, ya es irrelevante, aunque puede tener su interés si alguien

opta por permanecer en la vida única habitual).

Estos párrafos son el intento por anunciar la gama de universos disponibles, accesibles y (en teoría) ilimitados. Lo bueno de esta experiencia de vivir las innumerables vidas es que amplía el sentido y da una euforia incomparable; y lo mejor es lo fácil que resulta vivir estas vidas todas a la vez, sin restricciones, pues es como si el cerebro —entendiendo por cerebro todo el cuerpo y en definitiva el universo en cuyo seno pulula— se expandiera a lo ancho y pudiera ver y manejar las infinitas vidas, añadir bifurcaciones, hacer piruetas, espiroides, ver el conjunto, barajar sus personajes... La Oficina del Horizonte que incubó Miguel Labordeta era un anticipo.

La fórmula para acceder a todo esto es simple: basta con saber que existe y que se puede hacer, basta con quererlo... y un poco de entrenamiento.

Tiene sus peligros y sus problemas. Quizá el más claro es que una vez que se sabe y se empiezan a vivir otras vidas ya no se puede volver atrás, no se puede hacer como si esto no existiera y seguir con una única vida que, además, resulta —ya lo están viendo— insoportable. Aunque la analogía no hace justicia a la magnitud del cambio, sería como querer vivir en dos dimensiones... o en una.

La otra novedad es que al vivir las múltiples vidas no se tiene ninguna. Se pierde la absurda presunción de propiedad y exclusividad con que solemos vivir una sola. Se podría decir que al tener más vidas se diluye el ego anterior, siempre celoso de su precaria escasez. Esta ampliación de los horizontes vitales podría, en teoría, dar para vivir vidas infinitas, lo que conllevaría la muerte individual que, en esa escala, no significaría nada.

[Este último paso no lo habíamos dado todavía ya que temíamos que nos hubiera impedido elaborar este breve comunicado.] ~

**MARIANO GISTAÍN** es escritor. En 2019 publicó *Se busca persona feliz que quiera morir* (Limbo Errante).